

“Mi” historia de la Comunidad *Awicha* de Pampajasi

ELENA APILÁNEZ PINIELLA

*“Nuestra estancia en la tierra es un préstamo nada más, de repente ¡zas!
Llegamos al final ¿verdad que así es? Yo a veces me pongo a pensar: qué es la vida...”*
Carlos Montemayor

“Hay una experiencia que sólo pertenece a los viejos: la de la vejez misma”
Simone de Beauvoir

Cuenta Mercedes Zerda que no hubiera podido imaginarse que aquel día de principios de los años ´80 iba a ser de los más importantes de su vida. El encuentro con las cuatro **awichas** que tocaron a la puerta de su casa para pedirle colaboración se convirtió, sin ella saberlo, en el inicio de una experiencia que orientaría el trabajo comunitario hacia las abuelas del barrio.

Pampajasi la había recibido a ella y a su marido cuando deciden que la mejor opción frente al Golpe de Estado que había protagonizado García Meza a mediados del mes de Julio de 1980, era auto-exiliarse en su propio país, eligiendo las afueras de La Paz para protegerse de la limpieza político-ideológica del régimen. En aquél entonces, *Pampajasi* era un barrio “*marginal*” de La Paz -con no más de cinco mil habitantes- que había ido recibiendo a familias *aymaras* del altiplano paceño en su tránsito migratorio hacia la ciudad desde los años ´60. Esta característica hace del barrio un espacio fuertemente identificado con la migración (fundamentalmente económica).

No fue sino hasta ya bien entrados los años '90 que las condiciones de habitabilidad del barrio mejoran sustantivamente; se instalan los servicios de alcantarillado, agua potable y electricidad, se amplían los servicios públicos de salud y educación, se pavimentan las calles y se mejora la red de transportes que une el barrio con el centro de la ciudad. Pese a que ahora *Pampajasi* es un populoso barrio de alrededor de 200,000 habitantes y con todos los servicios necesarios sigue conservando una fuerte identidad *aymara* que se continua nutriendo de los grupos migrantes más recientes.

Aunque sus estudios universitarios fueron interrumpidos por el Golpe de Estado, en los primeros años de su residencia en *Pampajasi*, Mercedes y Javier ponen en práctica experiencias iniciales de lo que habría de conocerse como psicología social comunitaria, acompañando los inicios de un proceso que, posteriormente, dará lugar a la **Comunidad de Aymaras Urbanos de Pampajasi**, núcleo organizativo que aglutina en su seno las diversas experiencias socio-comunitarias que habrán de emprenderse en ese momento y que se irán desarrollando y conformando la identidad de un quehacer organizativo de rasgos propios y únicos en la ciudad: la reproducción de los sistemas comunitarios del *ayllu* en un entorno urbano que mimetiza, *a-cultura* y transforma.

Claves Previas: Comunidad e identidad aymara

Aunque en la actualidad existen aspectos definidos y fácilmente identificables de la cosmovisión e identidad *aymara*, ésta –seguramente- dista mucho de la originaria debido, cuando menos, a los procesos de hibridación y a-culturación provocados por los dos grandes imperios colonizadores (inca y español) que han ocupado el territorio *aymara* boliviano en los últimos seiscientos años. Además, es bien sabido que, ya durante el período republicano, el pueblo *aymara* fue sometido a medidas estatales claramente homogeneizadoras enfocadas a anular “la otredad” lo que, sin duda, impactó profundamente en la capacidad colectiva de mantener y transmitir los rasgos identitarios fundamentales.

Aún admitiendo estas limitantes no puedo menos que evidenciar el hecho de que la cosmovisión y cultura *aymaras* han logrado mantener cierta cohesión ideológica interna permitiendo que la misma pueda ahora dar forma al sustrato principal de la cultura organizativa que se desarrolla en la **Comunidad Awicha de Pampajasi**, si bien ésta última con rasgos específicos, como veremos más adelante, ya que la misma tiene lugar en un contexto urbano ciertamente desvinculado del territorio originario (el *ayllu*) donde se habrían generado las formas organizativas que podremos identificar en esta experiencia (Albó, 2002).

La identidad *aymara* se construye y transcurre a partir de su vínculo con el territorio y la colectividad de pares dando forma al **ayllu** como estructura socio-territorial y económica que vincula al colectivo humano entre sí (adoptando la imagen de gran familia) y, de forma simultánea, entre éste y la tierra. En este espacio, lo colectivo prima sobre lo individual permitiendo el desarrollo de estilos de relación específicos orientados al mantenimiento del bienestar común y teniendo como preceptos fundamentales la **autogestión** y la **autodeterminación**.

Además, lo colectivo se hace presente en los sistemas de propiedad y explotación de la tierra manteniéndose, hasta hoy en día, ciertas áreas geográficas del territorio del *ayllu* en que la tenencia de la tierra continúa siendo comunitaria, conviviendo con fórmulas individuales de titularidad. La existencia de tierra comunal y su explotación aún colectiva ayuda a mantener el ideal simbólico de solidaridad entre la colectividad que goza de su usufructo (Albó, 2002).

El mantenimiento de las relaciones intra e inter *ayllu* se basa en los principios de **reciprocidad** (*ayni*) -como sustento básico de las relaciones humanas y postulado lingüístico por medio del cual emana la preocupación por la persona con la que se interactúa- y de **intercambio** (*mink'a*) basado en el servicio comunitario que las personas y familias prestan a favor tanto de otras familias –en un momento especial- cuanto de personas con necesidades especiales de ayuda –como las personas mayores-. Ambos principios dan forma filosófica al trabajo comunal que facilita la consecución del bien común y la profundización de las relaciones de dependencia mutua en el *ayllu* ya que tanto la reciprocidad cuanto el intercambio tienen su base en la relación interpersonal de “ida y vuelta” que mantiene a sus protagonistas en un vínculo casi perpetuo.

De esta forma, el *ayllu* recrea constantemente un espacio comunitario en el que la individualidad debe de quedar subsumida –aunque sabemos que en ocasiones no sea del todo cierto- en el bien común. La comunidad, por lo tanto, es el “todo” en el que se sustenta la vida de cada persona que la conforma: rige el ciclo vital a partir de los ritos colectivos, norma la individualidad a partir de la constitución de la pareja (**jaqi**-persona), da derechos y castiga, ofrece servicios y los requiere.

Por lo tanto, de la comunidad no sólo se vive sino que se la sirve a partir de la observancia –casi obligada- de una serie de tareas que incluye, entre otras, la asunción de cargos y responsabilidades fundamentales para la buena gestión del colectivo. En efecto, el antropólogo Xavier Albó (2002:11) indica que *este mismo hecho fomenta el sentido*

comunal, casi ritual, de toda la gestión comunitaria y exige, para su buen funcionamiento, un constante control comunitario sobre los que están de servicio en un período determinado.

Además de la perseverancia en el cumplimiento de los ritos de responsabilidades, la colectividad del *ayllu* exige la toma de decisiones consensuada –la mayoría de las veces– en asuntos que son del control de la comunidad. La asamblea no tiene una periodicidad específica sino que se celebra producto de la necesidad o de la urgencia por la decisión que haya que tomarse y en ocasiones se acompaña con la celebración de algún rito reforzando el sentido simbólico de la misma (Albó, 2002).

El principio de la **relacionalidad** es, tal y como se puede observar de lo ya dicho, la piedra angular de la filosofía *aymara* de la cual devienen, por tanto, los principios “secundarios” de reciprocidad, intercambio y correspondencia –ya mencionados– a los que ahora sumo el principio de **complementariedad** que da lugar a la creencia de que ningún ser existe por sí mismo, *sino teniendo un complemento* (Sobrevilla, 2008:234). La **relacionalidad** implica que nada exista en su individualidad sino en relación con sus pares y con las otras existencias que nutren el mundo; además, todo lo que pasa en un ser está relacionado intrínsecamente con lo que pasa en su entorno.

Por su parte, la **complementariedad** remite, además, a la serie de dualidades explicativas que representan las *polaridades complementarias* que rigen la concepción *aymara* del **Pacha** como concepto espacio-temporal conformado por tres ejes fundamentales que, a su vez, se representan interrelacionados a partir del principio de **reciprocidad** evocando correspondencias mutuas: el eje espacial (arriba/abajo – izquierda/derecha), el eje temporal (antes/después) y el eje sexual (masculino/femenino) que, a su vez, se cruza con los anteriores (principalmente con el eje espacial). El **Pacha**, por lo tanto, representa la totalidad espacio-temporal del mundo *aymara* a la que se agrega la contraposición horizontal de lo femenino y lo masculino como complementarios (Sobrevilla, 2008).

Por otro lado, el **Pacha** remite a una concepción no-unidireccional del tiempo: una concepción cíclica basada en la idea de que las cinco épocas históricas de las que consta el “tiempo” *aymara*, se dan y finalizan completamente antes de pasar a la siguiente y así sucesivamente. El momento del “cambio” de fase se evidencia por un cataclismo que permite el re-ordenamiento del mundo en todo su sentido: no hay muerte, no hay fin de la existencia, sólo hay paso de un ciclo al otro modificando el espacio-tiempo y las cosas que forman parte del mismo, incluyendo al ser humano (Sobrevilla, 2008).

No obstante todo lo dicho más arriba, si bien es posible reconocer estos principios en el orden simbólico que conforma la identidad *aymara*, no es menos cierto que en la actualidad los mismos han sido sometidos a sucesivas interpretaciones, revisiones y aplicaciones muy diversas en la vida cotidiana; de lo cual se deriva el hecho plausible de su, en ocasiones, escaso cumplimiento en el ordenamiento socio-económico, genérico y generacional de las “modernas” colectividades *aymaras*, tanto rurales cuanto urbanas – más aún, si cabe, entre éstas últimas-.

Una historia que contar

A lo largo del año 1983 un amplio grupo de mujeres participó en diversos programas de mejoramiento del barrio apoyado por instituciones externas que ofrecían “*alimentos por trabajo*” y en los que se proponían trabajos manuales de moderado esfuerzo que requerían ciertas condiciones físicas: sólo las mujeres jóvenes, menores de 40 años, podrían sumarse a estos programas para recibir, en pago a su trabajo, una cierta cantidad de alimentos. Las mujeres más mayores quedaban, por tanto, excluidas de esta posibilidad.

A pesar de la exclusión normativa, las mujeres jóvenes encuentran los modos para que sus vecinas de más edad también puedan participar y recibir, a cambio, los beneficios de los programas: las inscriben en los mismos modificando la edad y protegiéndolas cuando se hacen los controles de asistencia...A pesar de ello, las mujeres más mayores no pueden afrontar los retos del trabajo físico y pactan con las jóvenes el intercambio de servicios de cuidado recibiendo a cambio parte del pago alimentario de éstas. Esta experiencia de *reciprocidad* en la acción comunal dará lugar a la **Comunidad Awicha de Pampajasi**.

No hubo mucha reflexión en los primeros momentos. La necesidad organizativa era apremiada por otro tipo de urgencias vinculadas a la vida cotidiana de las mujeres y la intuición orientaba la toma de decisiones. Tampoco había apoyo financiero externo y los pocos fondos de los que se dispusieron inicialmente eran manejados por las mujeres: comenzaba a tomar forma un estilo organizativo basado en un complejo sistema de gestión comunitaria heredada del *ayllu* aymara con la especificidad de que, en este caso, quienes ostentan la dirección del mismo son las mujeres adultas mayores. Además, un elemento muy importante hará de ésta una experiencia singular: no sólo la gestión comunitaria se traslada a la gestión organizativa a través de las mujeres, sino que ello se hace a partir de un incipiente sistema de servicios colectivos de los que se harán cargo las mujeres de muy diversas edades, incluyendo en los mismos a las mujeres mayores. La

apuesta inter-generacional estaba clara en las diversas propuestas organizativas que se aglutinan en torno a la Comunidad de *Aymaras Urbanos de Pampajasi*, **CAUP**, entre las que se encuentra la Comunidad de *Awichas*.

El primer grupo de *awichas* propone a Mercedes Zerda (Peti, en adelante), en 1985, que pudiera ayudarles a realizar alguna acción productiva y colectiva con el fin de generar ingresos para ellas y, además, para poder construir una casa –en un futuro próximo- en la que “*vivir y morir juntas*”: comenzaron a reunirse en la calle, al aire libre, sin más propósito que el de hacerse compañía y compartir escenas y momentos de la vida cotidiana.

La, entonces, pequeña organización sueca **Svalorna** -que mantenía en *Pampajasi* un programa de trabajo voluntario- hace de puente hacia un pequeño grupo de abuelas suecas quienes se interesan por la experiencia incipiente de las *awichas* e inician una relación de intercambio que duraría muchos años: las *awichas* de *Pampajasi* hilaban lana de alpaca y las abuelas suecas tejían la misma y la vendían, retornando los fondos obtenidos al barrio paceño.

La guardería –actualmente llamada **Centro “Machaq Uta”** y que forma parte del entramado barrial gestionado por la Comunidad de *Aymaras Urbanos de Pampajasi*, **CAUP**- construida y gestionada a mediados de los años ‘80 por las madres que habían desarrollado trabajos comunales y que habían continuado su accionar colectivo en pro de la mejora de los servicios barriales, sirve de primera casa al grupo de *awichas* durante los siguientes años: en ella, el grupo continua sus reuniones periódicas y mantiene el hilado de la lana que le provee de ingresos.

Al pasar de los años, el grupo de *awichas* logra reunir una cantidad suficiente de dinero como para hacerse con un terreno en el que edificarían su primera casa comunal; posteriormente, con el apoyo de la organización **HelpAge** y la misma **Svalorna**, se construyen las primeras habitaciones de la casa entorno a un patio central. En ese

entonces –inicios de los años '90-, el grupo estaba conformado por, aproximadamente, 14 *awichas* pero, en poco tiempo, el número ascendió a 40.

Este rápido crecimiento ameritaba urgentes reflexiones en torno a la necesidad de mantener el estilo organizativo originario que, a su vez, permitiera proteger la estructura de gestión basada en el *ayllu* además de dar continuidad al enfoque de psicología social comunitaria no directiva en la que la relación personal bidireccional y la participación individual en el espacio de gestión colectivo es fundamental. La decisión, entonces, fue clara: no se privilegia el crecimiento numérico para conformar un único gran grupo sino que se opta por mantener la estructura de pequeños grupos vinculados, cada uno de ellos, a sus espacios territoriales de referencia (en los primeros años de la década del '90 ya *Pampajasi* había sumado varias decenas de miles de habitantes comenzando a conformarse pequeños barrios).

Ello permite, por lo tanto, dar continuidad no sólo a los preceptos del enfoque psico-social comunitario adoptado en el que la relación y el contacto directo y personal es fundamental –máxime en una experiencia de psico-gerontología con mujeres indígena originarias y migrantes-, sino mantener el sustrato principal de la cultura organizativa de la Comunidad *Awicha* basado en la identidad y cosmovisión *aymara*. Además, facilita profundizar el modelo de gestión por el cual las *awichas* transitan con suma facilidad y adquieren, sucesivamente, notables cualidades en dirigencia y autogestión colectiva que, durante su vida adulta pasada, no habían podido desarrollar bien por la necesidad de concentrar su esfuerzo en la resolución de las urgencias cotidianas bien porque a pesar de respetarse en su colectivo barrial el principio de complementariedad *aymara* (***chacha-warmi***) en la asunción de tareas directivas, las más de las veces las mujeres lo hacían a la sombra de los hombres.

Estas cualidades se van evidenciando no sólo en la gestión y el refuerzo de la cohesión interna de los pequeños grupos o en la adopción de responsabilidades de liderazgo y

dirigencia en el conjunto de la **Comunidad Aymara Urbana de Pampajasi** (pues, en ella, debían de asumir la toma de decisión de forma rotativa, recíproca y complementaria tal y como se ejerce en el sistema del *ayllu*) sino también en las incipientes coordinaciones que la organización internacional **HelpAge** promueve en el país y que dan lugar a una Red de Defensa del Anciano, de carácter nacional, que agrupaba a organizaciones de población adulta mayor desde la cual se practica la exigibilidad de derechos. La Comunidad *Awicha*, en este marco, se posiciona como una experiencia autogestionaria única y de gran valor didáctico para la Red.

A fines de los años '90 ya existían cuatro grupos de *awichas* –habiendo adoptado todos ellos la forma comunitaria y autogestionaria desde y para las mujeres-, además del grupo inicial, con dos casas comunales que se orientan, tanto a vivienda cuanto a compartir actividades y servicios diurnos. La vivienda era necesaria para aquellos casos de *awichas* que o bien habitaban en condiciones poco adecuadas o bien se encontraban solas y no tenían una casa en propiedad por lo que habían de afrontar alquileres cada vez más onerosos en relación a sus exiguos ingresos y a los bonos estatales existentes en ese entonces.

En esos años ya los grupos no están conformados únicamente por mujeres sino que a los mismos se ha unido una pequeña cantidad de hombres ancianos (***achachilas***) que han adoptado, de forma muy singular, su “identidad” de *awichas*. La entrada de hombres en los grupos no supuso modificación sustantiva ni en los sistemas de autogestión ni en las relaciones de poder de dirección y mandato colectivo acomodados a la realidad de las mujeres. Este hecho permite identificar otro rasgo singular en estos grupos ya que en los mismos parecen mantenerse los principios fundamentales de la identidad *aymara* si bien éstos no están permeados por las relaciones de poder genéricas que, durante la edad adulta, sí serían fácilmente identificables en función de la caracterización de los sistemas socio-sexuales de la colectividad.

A mediados de la década de 2000, existen ya seis grupos urbanos y siete grupos rurales con los cuales se mantienen relaciones asiduas fundamentalmente vinculadas a la producción y elaboración de lana de alpaca (uno de los principales sustentos económicos que permite la autogestión); todos los grupos organizan, dirigen y gestionan sus propias actividades y servicios, tanto como centros de día cuanto como viviendas, teniendo como prioridad aquellas prácticas que suponen la recuperación y el mantenimiento de la cultura *aymara* tradicional.

Las *awichas* que permanecen en la casa comunal y que disponen de su espacio propio para vivienda han optado voluntariamente por vivir en la misma. Cuando una *awicha* desea vivir en la casa, ha de pasar un período de prueba para que el resto de la comunidad apruebe finalmente su admisión. Además, existe una mínima normativa para el “ingreso” en el grupo: tener más de 60 años, no tener otros medios de vida o apoyos familiares suficientes que le faciliten vivienda y otras cuestiones menores (por ejemplo, contar con documento de identidad que le permita beneficiarse de la Renta Dignidad).

Por otro lado, los grupos desarrollan actividades productivas que tienen como fin el mantenimiento de las instalaciones y la provisión de servicios de comedor y otros para las *awichas* que utilizan los centros durante el día. Las actividades de hilado, preparado de la lana y tejido continúan siendo una de las bases productivas de los grupos en las que actualmente participan no sólo las *awichas* sino también las madres que gestionan la guardería. En ésta tienen un local donde reciben la lana en bruto que compran a comunidades rurales cercanas a la ciudad de La Paz. Recientemente, la **CAUP** ha abierto un local para la venta de los tejidos en la ciudad de Copacabana, a orillas del Lago Titicaca, lo que les permite un ingreso moderado al ser un lugar turístico. El precio de cada prenda se calcula en función de la materia prima y de las horas de trabajo que requiere y los beneficios se reparten porcentualmente entre la persona que ha hilado o tejido, la Comunidad de *Awichas* y la CAUP. Este ingreso supone un aporte periódico de gran

importancia al que se une el pequeño aporte que cada *awicha* hace a la Comunidad extraído de la Renta Dignidad.

Durante estos más de veinticinco años, los grupos (en mayor o menor medida) y, de forma particular, la Comunidad *Awicha* de *Pampajasi*, han sabido desarrollar métodos y herramientas de autogestión y dirección acordes con los fundamentos de la identidad y cosmovisión *aymara* que no necesariamente requieren tomar como referencia la práctica institucional normada y positiva al estilo más “moderno”: desde hace muy poco tiempo se cuenta con estatutos y personería jurídica en el marco de la Comunidad de *Aymaras Urbanos de Pampajasi (CAUP)* y se escriben los acuerdos más importantes de las reuniones semanales. Hasta muy recientemente, la Comunidad cuenta con oficina para archivo y cuidado de sus documentos históricos.

También de forma reciente, la Comunidad *Awicha* cuenta con apoyos especializados – buena parte de éstos voluntarios de la propia CAUP- para la realización de algunas de sus actividades y para los servicios que requieren. En este caso, la música, los bailes y las danzas ocupan un lugar privilegiado puesto que son fundamento simbólico principal en el mantenimiento y transmisión de valores ya que poseen altas cualidades didácticas y de entretenimiento. En este tipo de actividades, las mujeres *aymaras* mayores tienen un amplio protagonismo en la comunidad barrial pues son las que “recuerdan” los festejos propios de los diversos momentos del ciclo de vida, tanto individual cuanto colectiva, haciendo partícipe de los mismos al resto del grupo (en momentos de encuentro con el barrio, en actividades con niñas y niños de la guardería, por ejemplo).

Los servicios de cuidado de la salud de las *awichas* (física, mental y espiritual tanto individual cuanto colectiva) han sido resueltos a partir de la instalación de un **Centro de Medicina Tradicional y Espiritualidad Andina "Qulla Uta"**, desde el cual *yatiris kolliris* mujeres proveen los servicios demandados por las *awichas* en el marco de la identidad y cosmovisión *aymara*: la medicina “occidental” y moderna sigue siendo conceptualizada

como ajena, cara y carente de las prestaciones que ellas precisan. Además, la propia Comunidad ejerce una función catalizadora de cuidado mutuo sobre todo para la atención de problemas emocionales (tristezas, depresiones, angustias, soledades) que difícilmente encontrarían solución adecuada en un centro de salud; a ello se une la presencia más o menos continua de una psicóloga comunitaria *aymara* que acompaña algunos casos que requieren de atención específica.

Las actividades vinculadas a la gestión y a la dirección del grupo o bien los momentos de reflexión continúan celebrándose en lengua *aymara*, si bien actualmente, muchas de las *awichas* ya conocen y hablan castellano. El hecho de que el *aymara* continúe siendo la lengua utilizada en los momentos clave de la vida organizativa en la colectividad ayuda a mantener la vigencia de la cosmovisión y, simbólicamente, supone una representación cultural permanente que desea cuidarse y mantenerse. Además, las *awichas* protegen y cuidan la gastronomía tradicional y en los comedores de las casas comunales todavía se pueden degustar platillos típicos *aymaras*.

Unido al uso de la lengua y a la gastronomía *aymara*, la Comunidad *Awicha* pone en práctica diariamente los sistemas de control –y castigo- vinculados a los diferentes tipos de abusos a los que las abuelas puedan estar sometidas. En este sentido, la colectividad protege a quien lo necesita e impone medidas correctivas en el caso de que se amerite: casos como comportamientos inadecuados de familiares hacia las *awichas* o bien intentos de apropiarse de la renta que mensualmente reciben por parte del Estado Boliviano, son cuidadosamente tratados en reuniones grupales en las que, además, se solicita la presencia de la persona –digamos- encausada.

El control también se ejerce al interior del colectivo, cuidando de que –sin perder el respeto mutuo y la libertad (valores, por otra parte, muy valorados por los grupos de *awichas*)- quienes participan del mismo cumplan las normas establecidas por la “la base” de la organización. La “base” está compuesta por las *awichas* que viven en la casa

comunal, quienes ostentan una cierta jerarquía en la posibilidad de la toma de decisiones, respecto de las personas que se benefician de los servicios de comedor y que participan en las diversas actividades que se desarrollan durante el día. No se consiente el maltrato ni las malas formas ni el robo y, cuando sucede alguno de estos eventos, la comunidad responde proponiendo un castigo que suele ser la separación del grupo de la persona que ha cometido el agravio.

Aprendizajes

- La propuesta de trabajo adoptada desde la Comunidad de *Aymaras Urbanos de Pampajasi, CAUP*, en la cual se integra la Comunidad *Awicha*, orienta parte de su accionar a salvar la brecha generacional proponiendo experiencias inter-generacionales que pretenden mantener los nexos de unión socio-comunitarios y que permite, además, la participación de todos los grupos de edad en la gestión del barrio partiendo de los principios de reciprocidad y apoyo mutuo y reproduciendo sistemas de relacionamiento propios del *ayllu*.
- La cultura *aymara* tradicional mantiene una representación social positiva de la vejez y este sustrato puede encontrarse claramente identificado con las formas organizativas que adopta la Comunidad de *Aymaras Urbanos de Pampajasi, CAUP*. Si bien es cierto que las personas más activas en el colectivo han ido variando en estas décadas, la estructura comunitaria trabajada durante los últimos veinte años se encuentra muy arraigada, lo que hace suponer que la experiencia iniciada a mediados de la década de los '80 podrá mantener una vida sana en un futuro a medio y largo plazo.
- En este sentido, parte del éxito de la Comunidad de *Awichas* responde al estilo de liderazgo y de orientación propio de la psicología social comunitaria impulsada por Peti: el desarrollo barrial desde la autodeterminación basada en la transferencia del conocimiento de derechos y la generación de la necesidad de la exigibilidad desde lo local y para lo local.
- La actual Comunidad *Awicha* está conformada por mujeres indígena originarias de áreas rurales y, por ello, aún se mantiene muy fuerte la cosmovisión *aymara* y la forma específica de ver el mundo, además de la práctica y del mantenimiento del idioma. No obstante ello, en varios años se prevé que esta membresía se modifique ya que las mujeres que están ahora envejeciendo ya son nacidas –en su gran mayoría- en la ciudad de La Paz; esta modificación, seguramente, podrá

provocar revisiones a la actual estructura de funcionamiento de los grupos, con los riesgos y tensiones que ello pueda conllevar y que, seguramente, ya están siendo analizados y reflexionados en la propia **CAUP**.

- La experiencia de la Comunidad *Awicha* además de inferir una imagen positiva de la vejez –como ya he mencionado más arriba- remite al hecho de que las mujeres son capaces de tomar el destino en sus manos interpelando -con su accionar cotidiano- a la reproducción de aquellos rasgos que la sociedad boliviana aún considera subalternos: mujeres indígenas, pobres, migrantes y envejecidas. Ellas proponen un sistema autogestionario con diversas proyecciones para su sostenibilidad (la generación de ingresos, por ejemplo), para el desarrollo local barrial y para la recuperación y mantenimiento cultural.
- La Comunidad *Awicha* ofrece un modelo de manera de vivir alternativo a la familia o al hogar institucionalizado para el cuidado de la población mayor que, en Bolivia, es principalmente femenina. Es una alternativa de vida para las mujeres mayores en situación de alta vulnerabilidad que se basa en el respeto, la reciprocidad, la autogestión, la complementariedad, la dignidad y la libertad de movimiento.
- La Comunidad *Awicha*, además, participa en todos los espacios de articulación existentes tanto en la ciudad de La Paz cuanto en el país, orientados a la exigibilidad de derechos para la población adulta mayor.
- El diseño arquitectónico de las casas comunales, indudablemente, dista mucho de ser el más adecuado para la población adulta mayor que las habita pero tiene el valor innegable de haber sido edificado utilizando sistemas auto-constructivos y auto-gestionados.
- El modelo de atención geriátrica boliviano debería de reconocer y recoger la diversidad poblacional del país, adecuándose a la realidad indígena originaria tanto urbana cuanto rural. El éxito del modelo de la Comunidad *Awicha* reside, precisamente, en el reconocimiento y la asunción de dicha diversidad: en su

colectividad continúan viviendo y reproduciendo formas tradicionales del *ayllu* destacándose principalmente el sentimiento de dignidad y de libertad.

- La propuesta de la Comunidad *Awicha* puede remitir a la construcción de propuestas de alto interés y considerar la misma como un modelo alternativo a desarrollar en un futuro: importantes niveles de autogestión, amplia capacidad de movilidad y de libertad de acción, relaciones personales intensas, relaciones colectivas de apoyo y cuidado mutuo, liderazgos abiertos para las mujeres, imágenes positivas de la vejez, vínculo importante con lo local, con el territorio (evitando el desarraigo), etc...
- No obstante, la propuesta tiene sus limitantes y éstos podrían evidenciarse, por ejemplo, en el hecho de que es difícil pensar en un modelo de esta índole para aquellas mujeres mayores con dificultades de movilidad o bien con necesidades específicas de atención en salud, si bien es posible identificar el hecho de que el modelo puede tener variantes y matices complementarios y mixtos que ofrezcan soluciones de interés y adecuadas para mujeres solas con diversos grados de dependencia o bien con diversas posibilidades económicas. Indudablemente, las mujeres que requieren de algún tipo de atención especial y más o menos permanente, van a tener mayores dificultades para poder disfrutar en un modelo de este tipo. Está claro, en este sentido, que el modelo de las *awichas* se puede aplicar preferentemente a mujeres *auto-valentes*, si bien ello no excluye lo ya mencionado anteriormente: la posibilidad de matizar y adecuar el modelo a la diversidad de mujeres mayores en Bolivia.

BIBLIOGRAFÍA

Albó, X (2002).- *Identidad Étnica y Política*. Ed. CIPCA (Cuadernos de Investigación). La Paz (Bolivia).

De Beauvoir, S (2011).- *La vejez*. Ed. Editorial Sudamericana, DeBolsillo. Buenos Aires (Argentina).

Fondo Indígena (2007).- *Módulo Historia y Cosmovisión Indígena. Guía de aprendizaje colectivo para organizaciones y comunidades*. Ed. Plural. La Paz (Bolivia).

Rivera, S; Arnold, D; Lehm, Z; Paulson, S; Yapita, J (1996).- *Ser mujer indígena, chola o birlocha en la Bolivia postcolonial de los años 90*. Ed. Ministerio de Desarrollo Humano. La Paz (Bolivia).

Sobrevilla, D (2008).- La filosofía andina del P. Josef Estermann. En *Solar*, nº 4, año 4, pp. 231-247. Lima (Perú).

Ticona, E; Rojas, G; Albó, X (1995).- *Votos y Wiphalas. Campesinos y Pueblos Originarios en democracia*. Ed. Fundación Milenio (Serie Temas de La Modernización) y CIPCA (Cuadernos de Investigación). La Paz (Bolivia).

Zerda, Mercedes (2004).- Envejecer en clandestinidad cultural. Reflexiones sobre una psicogerontología de los pueblos indígenas. En *Tiempo*, nº 15, Octubre 2004. Tomado en: <http://www.psicomundo.com/tiempo/> (01/Julio/2011).

Zerda, Mercedes (2005).- Redes sociales de apoyo a ancianos y ancianas indígenas en Bolivia. En *Tiempo*, nº 17, Noviembre 2005. Tomado en: <http://www.psicomundo.com/tiempo/> (01/Julio/2011).